

EL JARDIN BLANCO.

La nieve caía y caía copiosamente nublando a ratos mi vista en medio de las ráfagas blanquecinas que iban y venían algodónadas, como sopladas desde las alturas por un surtidor maravilloso, intermitente y pregonero. Así ocurría mientras pasaba revista con mirada franca a mi alrededor y todo iba siendo tocado plácidamente.

Los copos blancos se posaban por doquier; en las ramas de los arbustos, en las techumbres de las casas vecinas, en el borde de la pandereta divisoria, en la terraza, en el pasto, en el columpio y hasta en el techo de la casa de muñecas de las niñas. También se sucedían en los arbustos de las inmediaciones, sobre los cables del tendido eléctrico, en las aceras y en la calle. Todo se iba cubriendo en su desnudez de la nieve más pura.

Tras los árboles del fondo y hacia la distancia solo la opacidad inmutable del cielo. Parecíame que en su resplandor no daba cuenta entonces de la hora precisa del día. Si acaso en el instante de mi contemplación era de mañana o de tarde.

Más, me detuve en el jardín. Un zorzal confundido entre el ramaje del ciruelo y guareciéndose de la intemperie me distrajo. Sorpresivamente inflo el pecho, movió su cola y se puso a cantar, luego dio un brinco y la rama en que antes se posaba quedó cimbrando. La nieve que empezaba a cuajarse se desprendió, resbalándose hasta el suelo, con tanta inocencia y cuanto candor la naturaleza se desnuda de sus secretos.

El jardín se había vestido de blanco, pero con una policromía que penetraba las retinas. Diríase, de un color inmaculado. La quietud que reinaba sólo era turbada por el zorzal,

que, ahora, correteaba jubiloso junto a la zorzala yendo de aquí para allá y revoloteando en derredor.

La nieve acumulada había sido tan abundante como la crema de chantilly.

Encantando y colmando con su color frío todo el jardín, resplandeciente y orgulloso de su diáfana blancura. La quietud y la serenidad casi al punto de invadirlo todo, hasta mis pensamientos más inmediatos, apenas era turbada por el sonido que provocaban los goterones de agua al desprenderse desde los aleros de la techumbre, yendo a horadar en su caída libre la alfombra blanca de la terraza con pequeños agujeros en los bordes mismos.

Una ligera humedad vino a empañar los vidrios de mi mirador, mejor digo de mi ventana. Los lentes se me habían humedecido y al sacármelos comprobé sorprendido, que eran mis propios ojos los húmedos. Se habían emocionado igual que yo, en la intimidad de esa hora nona en que mi jardín fulguraba en frente de mi mecedora.

Casi instintivamente me recubrí con el chal mis piernas, que de pronto las había sentido más heladas. Con mis manos torpes y huesudas me las froté, sin acordarme siquiera del tiempo transcurrido desde que era sólo un viejo decrepito y tullido.

Más, de improviso, como una sola exhalación, un gato de la vecindad dio un salto felino desde el muro de la pandereta y salió trotando sobre sus cuatro patas, por el medio del jardín. No logré detenerle, mostrándole airado mi bastón en alto, pero no se dio ni por aludido.

Sus huellas quedaron plasmadas sobre la nieve, a todo lo largo de su trayecto. ¡Qué insensatez ¡Exclamé frenético, excitado como estaba en medio de su contemplación!